

LADISLAO GRYCH

PERMANEZCAN EN MÍ ⁽⁶¹⁾

¿Qué es permanecer en Jesús?; ¿sería la vivencia que une las mentes, los corazones y los espíritus?; ¿y los espíritus se unen de modo, que nuestro corazón aún sigue transformándose en medio de Jesús?
Entonces, la vida halla su sentido, se ve despierta en su misión.

PREFACIO

Las nuevas circunstancias y lo que viven los discípulos, dan un nuevo sentido a las Palabras de Jesús; desde la hora del Cenáculo, la realidad cambia; Jesús ya no camina con ellos, ni está con ellos en ese tiempo, ni lo ven cara a cara, a cada instante; no obstante, ciertas vivencias se han grabado en el espíritu, son muy fuertes, aún superan los obstáculos en ese tiempo difícil.

¡Cuántas vivencias del corazón superan nuestras vidas!
Si las Palabras de Jesús están ungidas, tienen tanta vida que llegan y se graban hondamente; Jesús habla y los corazones lo sienten; Él dice y los mismos vibran; entonces, permanece con ellos; es lo que saben sus discípulos, y están seguros de Él; en fin, sus Palabras son más que un rito.

El tema del Reino del Señor queda grabado en ellos, hasta el fin; sus vidas se ponen para siempre, en la misión del Reino, y será su modo de vivir hasta la entrega final, pues el Señor necesita de sus vidas; y así Jesús se abre hacia el mundo en todos los tiempos.

Si bien, el Reino del Señor implica la salvación del hombre, creo que nos compromete mucho aún más, es la Obra de la transformación de la humanidad y del mundo; y justamente, en ese Proyecto entran los discípulos de Jesús.

Colonia Barón, 18 de oct. de 1996

1. FRENTE A JESÚS

a. LA APERTURA DEL HOMBRE

¿Cómo es el hombre frente a la Palabra del Señor?

El Evangelio es la plena expresión de la Vida de Jesús en el mundo, a la vez, fue promoviendo el crecimiento en aquellos que vieron a Jesús, y compartieron con Él.

El Evangelio contiene la Palabra que sigue resonando desde aquellas vidas que habían seguido a Jesús; y la misma lleva a la Vida por medio de aquellos corazones, tocados por Él.

En el tiempo de dudas, de la ignorancia, y por qué no decir, de las búsquedas e insistencias, aún nos preguntamos si las Palabras de Jesús, que resguardan los Evangelios, son como las había dicho Él, o nacen de las vivencias de aquellos que le acompañaron y compartieron con Él.

Es un tema abierto como tantos otros, y lo que tiene mucha importancia, es que la Palabra nace en los corazones que ya asumieron a Jesús; si es cierto que la han asumido, tendrá un sentido particular y contiene la Vida de Jesús; es como si Él la proclamase personalmente.

Las Palabras de Jesús caen en las vidas; ya no se quedan quietas, sino que más bien, llevan un movimiento interior y promueven un crecimiento.

Aún, las personas que las transmiten, ¿en qué momento del crecimiento en su interior, las expresan?; ¿con qué fuerza del espíritu las transmiten al mundo?; es lo que reflexionamos; es que no deberíamos limitar la Vida de la Palabra de Jesús.

Entonces, ¿cómo tomamos las Palabras de aquellos que las pronuncian?; pues estamos ante el misterio de la Gracia, y las Palabras serían como una continuación de la Obra de Jesús, en pleno movimiento de la vida; es que no pueden

detenerse; tan sólo los hombres quieren hacerlo, para poder analizarlas, como lo hacen los químicos y botánicos, hasta destruyendo la vida, haciéndola pedazos.

Quisiera estar en el movimiento del Señor; y ver como Jesús se abre en su Corazón, con el poder de los Cielos, y cómo su Palabra llega al corazón del hombre y del mundo; y sentir ese camino difícil, mientras hay que superar los obstáculos.

Ante todo, ser testigo del encuentro con el corazón que suele ser oscuro, y luego presentir el camino del renacimiento por medio de la Palabra; en ese camino ya están los discípulos de Jesús.

Hay que tener en cuenta que una sola Palabra de Jesús, sabe transformar la vida del hombre, por más perdido que fuese; y lo puede llevar por el camino de la transformación.

El hombre puede ser testigo del pleno crecimiento; entonces, si en algún momento de la vida, pronunciamos la Palabra de Jesús, ¿qué sentido tendrá ella, con qué fuerza la decimos?; aquí, tocamos el misterio de cada palabra y más aún, de la Palabra de Jesús.

Los Evangelios nacen en los corazones que llegaron a Jesús, y Él tiene sus modos para encontrarse, para hablar; surgen en las vidas que ya asumieron a Jesús, como expresión de las vivencias muy profundas; llevan toda la fuerza del corazón transformado, decimos que la misma fuerza de Jesús; pero aún, Él puso su Palabra en el camino del crecimiento que pasa por los corazones de sus discípulos.

¿Se podría decir que la Palabra de Jesús crece con el correr de la historia?; pues, si Él crece, a la vez, crece su Palabra; es el reflejo de su Vida, de su Poder y de su Misión.

¿Cómo vemos entonces, el sentido del Evangelio en nuestros tiempos?

No me extrañaría que su fuerza fuese cada vez más grande, ni que Jesús obrase de un modo más elocuente aún, frente a las vidas que se abren; es que el tiempo se presta para que siga creciendo, justamente hoy.

Estamos entonces, en medio de un dinamismo de la gracia; podríamos hablar de una comprensión que supera lo humano, y de un crecimiento de la Palabra de Jesús en el transcurso de la historia del mundo y del hombre; hay una luz que abre el desarrollo de su Palabra, y despierta los corazones para que la comprendan.

Estamos en medio del proceso de la vida de los hombres en el mundo, donde entra la Palabra de Jesús; y las vidas, por la misma Palabra, se despiertan con una nueva Vida.

La Palabra está en un permanente crecimiento; mientras llega a otros corazones, podría llegar aún con más fuerza; y así va creciendo Jesús con su Palabra.

Toda la Palabra pasa por los corazones que la reciben como saben hacerlo, y llega a otros corazones que la reciben según su capacidad; en ese proceso de la Vida de Jesús seguimos caminando, y casi sospecharía que más que en otros tiempos; es la hora del Señor.

b. EL CRECIMIENTO

Hay un espacio muy largo entre el primer llamado y la última pregunta que Jesús hace a Pedro, antes de encomendarle la misión definitivamente; a la vez, está el sendero ya hecho; sería el camino para los seguidores de Jesús; sería para mí y para muchos hermanos que se despiertan.

Si la decisión nace casi espontáneamente, es una respuesta ante la Gracia que toca un corazón sorprendido; es cierto, el corazón se sorprende ante un ser como Jesús y más aún, si

presiente que el encuentro fue tan esperado; había cosas en la vida que anunciaban el encuentro, lo hacían soñar.

Todos los encuentros con Jesús fueron anticipados; las vidas los presentían, en algún sentido, los esperaban; es como si desde una edad muy temprana, tuviésemos un presentimiento de que íbamos a encontrarnos con Alguien, y así seguíamos viviendo; aún, en el momento menos esperado, ese Alguien aparece y nos llena de asombro.

¿Por qué hablo de eso?; es que nacen muchos encuentros con Jesús; el tiempo nos prepara para estas vivencias con Él.

E que la obra del Señor aún lleva los misterios que apenas presentimos; y si recorremos el mundo, buscando al Señor, Él nos guía; es que el mundo sigue preparándose para el gran encuentro con el Señor; algunos están avisados; y otros van a enterarse en el camino, y van encontrando a quienes deben ver, pues viene la luz para el encuentro con el Señor.

El Cielo y los que están a su servicio, siguen trabajando. Hay quienes vienen a este mundo para poder vivir el gran encuentro con el Señor; hay otros que guían en los caminos; no nos olvidemos que las vidas están en las manos del Señor, y que Él conduce los pasos en el mundo.

Con seguridad, comienzan a verse esos grandes encuentros; hay seres que se unen en la obra del Señor; hay fuerzas que los llevan por el camino de la Gracia; pero no sé si todos son conscientes, pues, la Gran Obra nos supera; de todos modos, estamos en la Gran Misión que toca nuestros tiempos.

¡Qué misterio, pues venimos del Señor para cumplir con la Misión, pero al llegar a la tierra es como si la estuviésemos descubriendo en medio de la oscuridad!; es que la seguridad es tan frágil, mientras caminamos aquí; por eso, hay que

poner en el Señor toda la confianza; no hay otro camino, sino ése, el de la confianza fundada en el Señor.

Hay muchos seres humanos que tienen la convicción de la misión que les espera, encomendada por el Señor; saben que vienen a este mundo por esa misión; si bien, su mundo igual suele ser oscuro, siguen esperando el tiempo del Señor; es que todo llegaría cuando sea su hora.

Hay tantos que tienen la seguridad de la misión; no la ven bien del todo, pero la viven en sus corazones.

El Señor une las fuerzas en un camino proyectado por Él. No sé si los elegidos saben que tantas vidas están muy cerca de sí mismas; es que están en el Gran Proyecto; y por alguna razón, se encuentran con ciertas inquietudes.

El Señor las despierta y procura a que se descubran; cuando se pongan cara a cara, presentarán un poco más la misión que les toca, anticipando el tiempo que llega en sus vidas.

Nuestros tiempos se pueden comparar con aquellos de Jesús; el Señor envía a tantos que se encuentran en la tierra; como Jesús reunía para la misión, hoy, el Señor hace su obra igual y quizás más aún; es que los tiempos urgen y urge la realidad del mundo y del hombre.

c. LA VIDA Y EL MISTERIO

Siempre me inquieta el tema de la vida; es por su entrada en el mundo y su misión que tiene que ver con esta tierra.

¿Por qué venimos, y cuál es nuestro camino?; es que aún nos comprendemos muy poco; y si opinamos, somos menos que un niño, casi como un ignorante.

Algunos dicen que la vida aquí, es como si un árbol llegase a ser una semilla, o como una flor madura que cae en tierra; o

como un espiral ajustado que tiende abrirse y se esfuerza.
Entonces, ¿qué es el cuerpo para el espíritu, que quiere volar y lucha por su destino?

Aún, Jesús toma el cuerpo humano, y es su modo para poder entrar en el mundo.

¿No hubiese podido actuar de otra manera?; ¿y no hubiese tenido tanta eficacia, mientras su Espíritu es omnipotente?
Entonces, ¿por qué aún desciende de los cielos?

A lo mejor, cuando el espíritu desciende del Cielo abierto, es como bajar a la profundidad de la vida en el mundo; o es aún descender por el camino oscuro a la profundidad, para hallar lo que espera la salvación.

¿Por qué el espíritu del hombre desciende a la tierra?; ¿cuál es su misión?

Si aún, nos cuesta sufrir y luchar, ¿cuál es destino de la vida?
Si hablamos de la salvación, ¿cuál es el fin de la vida que se hunde en la profundidad del mundo y de la oscuridad?
¿Cuál es el destino del hombre?

¿Cuál es el destino de la humanidad y del mundo?

Si el hombre parece el más grande en medio de la creación, está en medio de un movimiento entre la muerte y la vida, en la destrucción y en la construcción; aún, está en medio de las fuerzas que lo llevan, apenas como un pequeño polvo.

¿Cuál es el destino del hombre en el mundo?

Si hay algunas respuestas, a veces, esas escritas y las que nos dicen para aprenderlas, igual seguimos preguntando; porque la vida es grande y las respuestas son muy pequeñas; incluso, si las mismas vienen del Señor, nos llegan como misterios, y ni siquiera alcanzan expresarse con las palabras; si aún están plenos de vida, son más bien, para vivirlos en silencio.

¿Cuál es el destino?; ¿cuál es la misión?

El mundo es muy conflictivo, está muy mal.

Entonces, ¿por qué vienen los seres aquí?

¿Sólo para sufrir y llorar en esta tierra?

En una tierra mala, nadie siembra; si lo hace, ya ni siquiera arriesga, porque sabe que no puede esperar nada.

¿Cuál es el sentido de la vida?

¿Cuál es la misión del hombre?

La vida es grande; y es grande la que consideramos perdida y aún, la que parece sin sentido; y por alguna razón, entra en el mundo.

El sentido de la vida está en el Señor; nadie de los hombres la comprende del todo, mientras camina por la tierra, pues está mucho más allá de lo que vemos; y si la juzgamos, actuamos contra los principios del Señor.

Hay un gran sentido de cada vida, hasta de la más débil, de la perdida y la fracasada.

De hecho, sería difícil hablar del fracaso, porque nos queda por descubrir la dimensión que viene del Señor; y tampoco, la veremos del todo, al estar en otra dimensión de la vida; aún sospecho que es inalcanzable para siempre.

d. LA CRISIS Y EL ENCUENTRO

En fin, muchas de las vidas que Jesús había encontrado en el mundo, estaban en plena crisis, aún en ciertas circunstancias difíciles que había que sobrellevar; y Jesús fue la esperanza para ellas, venía a la hora justa; pues si Él no viniese, ¿qué pasaría con esas vidas?

Pero fueron las elegidas desde siempre.

Esas vidas, aún, debían llegar a esta clase de conflictos.

Las expresiones de Jesús de la oveja perdida, de la dracma y del hijo que se fue de la casa de su padre, tendrían que ver con las vidas de sus seguidores; por eso, lo comprendían, más bien, lo sentían en sus corazones.

¿Por qué las vidas debían pasar por las crisis?

¿Por qué se hallan en las circunstancias tan complejas?

¿Acaso fue el precio que debían pagar ellas, y que nosotros no comprendemos ni queremos aceptar?

¿Fue el precio por la vida, por los hechos?

Y si pregunto, quizás, no es para encontrar la respuesta, sino para aceptar esa vida y calmarme frente a la que viene.

Es cierto que la vida conflictiva se pone cada vez más difícil; es como si no tuviese lugar para lo puro y sano.

El mundo vive su enfermedad que destroza a la sociedad, a la vida; aún llegamos a la corriente donde todo se enferma y sufre; entonces, el ambiente se abre para nuevos conflictos, nuevo dolor y nuevas luchas.

En el pueblo donde nací, recuerdo unos viejos manzanos que daban muchas frutas muy sanas; hoy, ya no están más.

En el lugar de ellos, hay otros; y a pesar de la atención del hombre y de los remedios que se usan para salvar la fruta, ya nacen frutas enfermas; ¡cómo ha cambiado la vida en tan corto tiempo!

Y si hablamos de la vida humana, creo ella sufrió el mismo proceso; quizás, no lo vemos tan claro, pero es cierto que la vida ha sufrido y se ha desgastado; algunos ven el camino de los cambios muy acelerados, otros no tanto; unos sufren y otros se ponen insensibles; basta mirar y ver qué ha pasado con la familia y la educación de los hijos, para darse cuenta de lo que sufren la sociedad y el pueblo.

¿Por qué la vida se ha deteriorado?
¿Acaso no estamos en un proceso de las decadencias?
Si no llegamos a la total destrucción, es porque aún creemos en el Señor, que nos salva frente a los abismos.
Ya hay muchos que piensan y se preocupan por lo que podría pasar; porque la misma realidad nos ayuda a pensar en serio; y parece que esa actitud es una gracia del Señor.

Si bien, hay tantos que aún corren como los jóvenes en los coches sin frenos, y se dejan llevar por la debilidad, aún sin pensar en las consecuencias, existe otro sector del pueblo se preocupa y llora, hasta se culpa, partiendo de su realidad y de la del mundo.

Es que la realidad parece más fuerte que uno mismo; y no la podemos manejar; si la enfrentamos, casi nos lleva con su corriente; además, al llegar a la puerta de nuestro ser, ni siquiera espera; si entra, parece que no hay fuerza contra ella.

¿Esa realidad sirve para destruirnos o para buscar un nuevo camino?; mientras tanto, la vida se agita, se asfixia y aún se asusta; se confunde en las peleas que hasta parecen inútiles, y puede seguir así por algún tiempo.
Sin embargo, en medio de esa realidad, nacen la inquietud, la esperanza, la convicción de que debemos aferrarnos al Señor, sólo a Él; y Jesús sigue esperando.

e. DESDE LA PROFUNDIDAD

¿Qué podemos decir de la vida que ha hallado a Jesús?
Pues, si estuvo desgastada por fuera y por dentro, aún con un espíritu quebrado, esa vida se proyecta con cierta esperanza, se abre hacia Jesús en la profundidad de su ser.

Jesús recrea una nueva perspectiva, no como la ve el hombre

ni como él intuye el cambio.

Según los juicios humanos, muchas vidas ya se quedan como estancadas para siempre, mientras que Jesús las ve de otro modo, y despierta la confianza.

Cuando alguien se queda con el pie mal curado, camina mal, y puede pensar en la desgracia que le toca; es que pierde el trabajo y hay otras cosas que le duelen mucho; y a veces, los que le hicieron sufrir, están muy cerca.

Pasa mucho tiempo, hasta que un día nazca un nuevo modo de pensar, una luz para ver de otra manera, y hasta agradecer al Señor por las vivencias superadas; recién entonces, cambia el rostro de quien fue infeliz y ahora, no lo es.

En tantos casos, deseamos que la realidad se vaya, y aún nos desesperamos y nos resentimos; pero como todo se queda en el mismo lugar, decaemos aún más, en medio de la tristeza.

¿Cómo resolver, si no es posible?

Entonces, ¿cómo lo superamos?

Las grandes crisis se definen, porque las cosas no llegan a las soluciones que podrían satisfacer al que las espera; la vida aún se queda en ciertas circunstancias y no puede resolver su realidad; hoy, vemos cada vez más de eso, en el mundo; es que la vida se expresa de un modo que nos desespera.

Los hombres no pueden hacer nada; ¿y Jesús?

¿De que modo, abre los caminos para las vidas humanas?

¿Qué soluciones encuentra Él, qué futuro?

¿Y si la vida no halla el camino que esperamos?

Porque las crisis traen consecuencias; a la vez, Jesús habla de la cruz que hay que llevar, siguiéndole a Él.

Tantas veces, nos detenemos ante la vida, como frente a un enfermo o agonizante; y no podemos hacer más que esperar a

que la vida llegue a su fin; sin embargo, en ese camino está la gracia; si la vida recupera paz, en el Señor, hallará su luz y su sentido.

Hay que ver ese camino, mientras Jesús nos conduce como si fuese por los infiernos del mundo, como caminar en medio de los abismos de la vida; no es que Él quisiese llevarnos por los abismos, sino que la misma vida aún sigue encaminada, decayéndose por la fuerza que la lleva, casi sin retorno. No obstante, si Él está, la vida es distinta, pues, su presencia ilumina, a pesar de que humanamente, todo se expresa muy confuso e incierto.

En algún momento, la cruz se presenta tan claramente, con lo que significa el rechazo, el desprecio, la culpa, con lo que es el dolor, la pena y la confusión; pero, si Jesús está en la vida, hasta la oscuridad es distinta.

Y pensar que humanamente, parece que no cambia nada; al contrario, se deteriora y sólo decae.

Cuántos seres en el mundo, van a vivir la cruz, aún su propia destrucción; van a vivir el rechazo que les viene del pueblo; y el desprecio y el olvido.

Ocorre que, por ese lado, Jesús proyecta la salvación; por más que sus vidas pasen por lo merecido, según como lo ven los hombres; y por más que según la justicia humana, serían un trágico final.

Es que se abre como una nueva mirada de la cruz en nuestro tiempo; no es que sea nueva; si los hombres no pueden verla, igual, ven más que antes, más que en otros tiempos.

La vida se presta para ver muchas tragedias, aparentemente justas y merecidas, aún buscadas; y en ellas, es como si Jesús muriese una vez más, en los ladrones y los publicanos, en los desviados y perdidos hoy.

El mundo verá una vez más, la gran tragedia de la muerte de Jesús, en las muertes de muchos hermanos, como si fuesen sin sentido; pero como ellos van a hallar a Jesús en sus vidas, las mismas recuperan su valor, a pesar de que humanamente, terminen mal; es que no terminan mal para siempre, sino que encontrarán un nuevo sentido tras las fronteras.

Quiero seguir con este pensamiento, mientras busco a Jesús en la vida, y lucho por Él; quiero gritar su Presencia. En ese grito hay esperanza; y que los hermanos encuentren a Jesús, al descubrirlo como el ladrón, más hondamente aún.

El tiempo habla y grita del dolor y de las desesperaciones; y si no encontrase a Jesús, ¿qué nos quedaría? Quiero llevarlo a mis hermanos, pues, Él es su vida; como Él es todo para ellos, que lo descubran a Jesús en sus vidas.

f. LA PAZ Y EL AMOR

Son las dos palabras que casi llenan el Evangelio, de modo que sin ellas el Evangelio hubiese sido diferente; no hubiese sido una Buena Nueva para los hombres. La paz y el amor son el corazón del Evangelio pleno de Vida.

Las dos ya no pueden separarse; es que la paz abre el camino para el amor; pues quien tiene paz, algún día, llega a amar de veras, hasta llevar el Corazón del Señor en su interior, si de veras, lo desea y lo sigue buscando.

La paz abre el camino para que el Señor obre; y Él comienza dando paz, de modo que, sin ella, casi no se habla de su obra; a la vez, el amor da la imagen como de una caldera, mientras la vida se transforma; es la vida humana, real, plena.

Hablamos de la gran obra del Señor, que tiene que ver con la salvación; no se trata tan sólo de la purificación de la vida, sino más bien, de la transformación de la misma.

Jesús, al purificarla, es como si lavase las heridas del cuerpo, del alma y del espíritu; y ahora, inicia un gran resurgimiento en medio de una vida perdida, casi destruida.

No nos olvidemos de que la vida lleva sus inclinaciones, sus miedos e inseguridades; a veces, está tan destruida, que casi no sabe hallar fuerzas para vivir de otro modo.

En esa vida entra Jesús, para quedarse con ella, compartirla y sufrirla en lo más profundo del espíritu; y es compartir todos los cambios que son profundos, mientras exteriormente, por ese tiempo, la vida aún se queda con lo que era antes.

Muchos de los cristianos aún se desesperan en medio de sus vivencias, porque no saben que el Señor tiene su tiempo, su ritmo y su modo.

Por un tiempo, nos aferramos a Jesús como los náufragos en plena mar; y mientras la vida se queda en medio del frío, del agua y de las distancias, Jesús casi no se expresa; casi no se lo ve ni se lo siente; no obstante, la mente, el corazón y el espíritu lo buscan con lo que viven en lo más profundo de su ser, en medio de la desesperación jamás conocida; así pasan los días, aún mucho tiempo; ¡cuánto tiempo, cuánta lucha!; es la realidad de tantos hermanos que viven en el mundo.

Luego, cuando uno sale del agua, si es que se salva, se queda con sus traumas, con mucho dolor, aún revive lo suyo, sufre, llora; y si tiene la seguridad de Jesús en su vida, aún lo sigue buscando, lucha por su presencia cada vez más clara, por su verdadera obra en medio de su vida.

Mientras sigue buscando al Señor, tiene noción de sí mismo; es un ser que sufre, se desespera, aún tiene sus impulsos, sus debilidades y sus dudas.

Es difícil resguardar la seguridad de que Jesús está presente hasta en las vidas más abandonadas, más perdidas; es difícil verlo, mientras la vida no progresa ni cambia nada; solemos esperar soluciones y que las vidas resurjan cuanto antes; pero si no las vemos, ¿dónde está Jesús?
Sin embargo, Él está aún más presente.

Recuperar la Presencia de Jesús en la vida que no prospera y que aparentemente no cambia, y saber esperar en ese tiempo, es estar en medio de una Gracia mucho más grande de lo que nos parece.

Hay que recordar la Vida de Jesús, con su juicio y la muerte; y Él es como si no avanzase más, al contrario, se queda como encaminado a la destrucción; no obstante, su Vida se hace el germen de la salvación para la humanidad; es lo que deseo ver; y aún ver cómo se expresa en los tiempos del mundo.

Hoy, quiero acompañar a muchos hermanos que no avanzan y aún siguen su camino de destrucciones; a los que quedan sin fuerzas, entregados a la realidad que va decayéndose; aún deseo ver a Jesús en medio del polvo, de la debilidad y de la destrucción; pues si Él está, la realidad tiene otro valor; esas vidas tienen otro sentido, no como piensa el mundo.
De veras, Jesús está en medio de sus vivencias.

La Presencia de Jesús se expresa por la paz y el amor.
Si la paz asegura la presencia del Señor, por más que la vida estuviese en medio de la tormenta, por más desesperante que fuese, el amor es otro clima, importante para que la vida se transforme; y es como cocinar al fuego.
¡Y qué distinto es todo lo que pasa por el fuego del amor!

Más allá de la intuición que tiene que ver con la Gracia, hay que vivir el amor en el corazón; pues si no lo vivimos, no

podemos ser como el fuego que lleva mucho calor, para que la vida se vaya transformando; y es una vida real, y tan conflictiva a la vez.

El amor podría ser como el fuego que toca el corazón. Entonces, el corazón vive los cambios misteriosos, que lo van a llevar por las transformaciones, poco comprensibles para los que viven sólo lo humano, y aún no ven la obra del Señor.

El amor lleva su propio tiempo; el Señor obra en el tiempo que necesita la vida.

Si quema nuestras debilidades, a la vez, es cierto, que ellas nacen del espíritu enfermo, que precisa su tiempo hasta que se renueve y resucite; entonces, el tiempo es distinto y la obra es muy respetuosa, para salvar y no destruir del todo a nuestro espíritu débil; en ese clima de la gracia, Jesús obra hasta que el espíritu resucite definitivamente; es el único clima que salva de veras.

2. EL LLAMADO A LA VIDA

a. EL SENTIDO DE LA VIDA

Sospecho que lo más importante en el encuentro con Jesús, es descubrir que la vida tiene sentido; entonces, aún esa vida con los conflictos, con el dolor y las desgracias, de repente, comienza a calmarse.

El sufrimiento y las desgracias, una vida triste y no realizada, son causas suficientes para preguntarse con insistencia, por el sentido de la vida; luego de tantas preguntas, aún sin ver la respuesta, nos queda soportar el peso de la realidad; pero, ¿hasta cuándo alcanzan las fuerzas del hombre decaído?

La pregunta para qué vivir y luchar, es constante, mientras nos queda cumplir con las tareas, forzándonos cada día; en medio de las penas y culpas que duelen, ¿cuánto tiempo se puede vivir con ellas?; pues, si la gente no quiere vivir, es porque no halla el sentido ni las fuerzas para luchar.

Casi por su instinto, la vida se abre hacia el sentido real; pues en su desarrollo está escrito el valor de la vida; no obstante, cuando las cosas nos pesan y la tristeza nos encierra, todo se pone oscuro; y si así corren los días y los años, ¿qué pensar en la vida?

El destino de la vida ya está marcado con la creación, con tan sólo entrar en el mundo; si bien, el hombre pregunta por el destino, a la vez, lo sigue encontrando; y es como llegar a su fuente, a sus principios; y cada vez que vuelve y se encuentra consigo mismo, y al mismo tiempo, se enriquece; pero no siempre es así; cuando la vida está muy deteriorada, es como volver a la oscuridad, al mundo tan triste en su interior.

Entonces, uno ya no quiere volver más a sí mismo, o prefiere quedarse como aquel tirado al suelo; si vive, es porque vive; si lucha, es porque hay que luchar; si se ríe, es porque hay que reírse sin sentido, en un mundo forzado, donde tan sólo hay que existir; ¿cuánta gente vive así?; casi no quisiese contarlos.

Esa gente aún, se llena con lo que encuentra en el camino; no creo que con eso la vida se alivie, pero sí se va confundiendo y se desgasta más aún.

¿Cuántos viven así, tan sólo por hoy, sin preguntar qué van a hacer mañana?; a la vez, hay vidas que no quieren tomar las responsabilidades que exigiesen algún sacrificio de ellos.

La realidad es compleja; nos encontramos con las personas que no las sabemos definir ni qué es lo quieren de la vida; y hay muchas miradas llenas de apatía, de indiferencia; pues si viven, son como si no quisiesen tomar responsabilidad por nada, ni por sí mismos ni por los demás; para ellos, la vida ha perdido su importancia.

Justamente, en esta vida quiere entrar Jesús; se pone ante ella, con lo que es Él; si bien, su Imagen es distinta de lo que es la vida de muchos, Él es como un espejo que les permite soñar, aún en medio de la desesperación.

Jesús es la Imagen de la Vida; es Quien, al encontrarse con el ser humano, comienza a despertarlo; el hombre aún puede sentirse impactado de modo, que empieza a soñar en lo que podría ser alguna vez, a pesar de su miseria, de sus fracasos; de repente, se despierta y se asombra de sí mismo; es que se ve tan extraño.

b. HUBIESE PODIDO SER DISTINTA

Guardo la imagen de la gente no realizada en la vida.

Hay tantas expresiones en el mundo de hoy; por ejemplo, de una mujer que no logra tener una familia, que no encuentra a alguien para vivir juntos; pienso en el porqué, en las causas que nos condicionan y nos llevan por un camino distinto a los sueños, a lo que uno quisiese ser.

Todo en la vida tiene un porqué; pero como no lo vemos, nos rebelamos; a veces, buscamos las causas lejos, mientras las mismas están en nosotros.

Cuando aceptamos la realidad, empezamos a calmarnos y a resolver ciertas crisis que luego, nos abren un nuevo camino; si aún no lo abriesen, por lo menos, sabemos que, por alguna razón, debemos estar en medio de esas vivencias.

Pienso en la juventud tan abierta hacia sus inquietudes, sus debilidades, sus ansiedades, donde hay tanta inmadurez; hay posturas que la destrozan, y mientras viven más conflictos y más miedos, toman más decisiones aún.

¿Y qué va a pasar mañana, si aún hay un sector de gente tan perdido?; es que en sus recipientes de barro llevan el dolor y las frustraciones, y tanto amor perdido y quebrado.

Un joven o una joven entre tantas manos, ¿qué puede decir de su vida, del futuro, de la entrega?; tampoco, puede hablar del amor y, a la vez, sueña de día; ella o él, no duermen de noche, porque su vida es nocturna; ¿y qué puede decir del futuro, del amor, de la entrega?; pero la vida va a seguir, y va a comprometer más aún; ¿de qué modo?

Antes, se hablaba de una mujer perdida, como en el caso de aquella del Evangelio que, en fin, se encontró con Jesús, y Él supo jugarse por ella; hoy, muchos seres lloran de veras; y si no lloran, siguen viviendo como pueden.

¿Qué futuro nos espera?; no lo sé.

La realidad se agrava, la vida se condiciona aún más; lo que hoy, es un drama no resuelto, mañana será más grande aún; se nos hace tan difícil pensar en una familia que podría ser feliz, que podría vivir el amor; pues, lo que vemos en la vida temprana, no nos ayuda a creer en lo positivo; pero tampoco quisiese desconfiar del todo; sin embargo, ¿cómo se puede creer en medio de esa realidad?

Me parece que una vida muy perdida, que estuvo tirando el amor, la que no veía el futuro y dejó de soñar, ella misma, si encontrase a quien la amase de veras, y aún se abriese para el amor, recuperaría lo que había perdido y comenzaría una vida más grande aún.

Sin embargo, ¿quién le daría el amor, y quién se entregaría por ella, desde todo su amor que lleva, hoy, en el mundo?

Además, en un mundo complejo, las crisis tocan muy hondo; ya somos muchos que estamos tristes, enfermos, y lo peor es que no vemos los conflictos en la profundidad; por eso, nos conformamos con muy poco, y luego sí, nos sorprendemos, cuando la vida se hace aún más conflictiva.

Hay un gran conflicto en el amor; diría que ese conflicto nos supera; si es que buscamos el amor y luchamos por él, más aún, nos dejamos llevar por la debilidad y la confusión; es lo que nos pasa en este mundo.

A la vez, el sexo es parte del conflicto, del dolor humano; por el modo como lo vivimos, nos confunde más aún; es porque el ser humano se queda más débil, más trastornado.

Se nos hace tan difícil hablar sobre el sexo y el amor, con la profundidad que viene del espíritu; y la vida espiritual, en el caso del sexo, está tan lejos que no se la comprende; aún nos cuesta ver la unión entre el sexo, el amor y el espíritu; y casi no hay palabras que tuviesen una verdadera fuerza; pues

unos no tienen fuerza para expresarse, mientras que otros no lo comprenden; en ese mundo tan débil transitamos; es que hay muchos que lo viven así.

Entonces, ¿qué futuro nos espera, si están muy afectados los principios del amor, de la libertad y de la vida, mientras el ser humano está enredado y se deja llevar?

¿Qué futuro para nosotros?; creería, cada vez más triste, con el hombre cada vez más perdido, confundido en su interior, quien confunde al otro ser; y la vida sigue su rumbo casi sin fin, hasta que pueda hacerlo, porque aún no se detiene; a veces, el suicidio es esa clase de la detención, cuando se rompen las ruedas de la vida.

La vida sabe resurgir, si encuentra luz, paz y amor, mientras encuentra a Jesús y a los seres que llevan luz y paz; porque Él no entra solo, sino más bien, por medio de los hermanos, y se brinda a los que lo necesitan.

Las vidas saben resurgir, mientras sienten el verdadero amor y lo reciben; pero a veces, les llega apenas, a gotas sueltas.

c. ¿CÓMO CREER EN EL AMOR?

¿Cómo creer en el amor en esas circunstancias de la vida?; es que tu amor, Señor, casi no llega.

¿Te acuerdas, Jesús, cómo te brindaste a los que te seguían?; pero hubo muchos que no te comprendían, no podían recibir de tu amor; ¡y cuántos lo tomaban a mal, porque no te sabían entender!; les sirvió para sus fines y para censurarte, y tú los seguías amando hasta el fin.

El mundo responde de distintas maneras ante el amor; una vez, se defiende y se encierra, aún tiene miedo, se asusta; y otras veces, se deja llevar por su necesidad y las carencias; y llega a actuar según sus impulsos y hasta atropella, que es

parte del camino que debe pasar, hasta que crezca y madure; si actúa desde el dolor y su fracaso, a la vez, se despierta con cierta esperanza, a pesar de que la misma se confunde con la ansiedad, la desesperación; pero hay algunas vivencias que promueven hacia la vida; es el amor que nos lleva.

El mundo responde como sabe hacerlo; frente al amor sano y generoso, la respuesta es más clara; si aún reacciona, de ese modo, se descubre, se abre con lo que es; pues hasta el odio puede ser parte de respuestas frente al amor.

Quien reacciona así, lleva esos sentimientos confusos; son los que por ahora se expresan; algún día, será el tiempo para el amor sano, cuando la vida pase por muchos cambios.

La transparencia del amor de Jesús pasa por los seres que caminan, como si Él tomase sus vidas y sus sentimientos; los que aman de veras, llegan al encuentro con los hermanos, y aún ponen sus vidas frente a sus crisis.

¿Cuánta luz del Señor, necesitan ellos, y cuánta seguridad?; entonces, ¿en qué lugar estoy, y qué es lo que ofrezco a mis hermanos?

La vida me compromete más de lo que yo pensase; es porque Jesús me compromete y me da el amor para que lo amase de veras; si no sé vivirlo, me prepara para abrir mi corazón.

Ahora, aún me nace la reflexión y yo, ante mis hermanos, con lo que soy, con lo que vivo, pero más aún con Jesús.

Hace tiempo que sueño en sentir lo que Jesús había vivido, e intento llevar el amor hacia mis hermanos; es mi inquietud y la necesidad de mi corazón; mientras contemplo mi pasado, lo de ayer en mi vida, parece que antes, más que dar, buscaba recibir, aún sin darme cuenta de eso; hoy, mientras me sano de muchas vivencias, no me ato tanto por lo mío, sino más bien, deseo abrimme con lo que el Señor quiere llegar a mis

hermanos, por medio de mi vida.

Es un camino largo por recorrer, hasta que la vida sea sana, pura, libre; que el amor se libere de las ataduras, y se brinde con lo es en lo más profundo de su ser, en el Señor; a la vez, que los hermanos sepan recibirlo, que sepan vivirlo y crecer; espero que algún día, logremos esa clase de vivencias, si es que podemos proyectar lo que es del Señor, y es tan grande.

El amor del Señor debe superarnos, luego de las luchas, de las búsquedas y desesperaciones; es el amor que llega a las vidas, viene del Corazón del Señor; si la vida está superada, podemos actuar con cierta libertad, sin miedo, sospecho que aún, dándonos como una abeja que lleva lo suyo, y no se pega a la flor.

No sé si lo tengo claro, pero es cierto que deseo llegar a los hermanos y darles lo que el Señor tiene para ellos; que sus vidas se abran con el Amor, que hagan su propio camino, que crezcan, a pesar del sufrimiento que suele ser necesario, en medio de un crecimiento tan profundo.

¿Quién comprendería lo que pasa en los corazones, el de Jesús y de los seres encontrados por Él, mientras conviven el amor y el sufrimiento, la tristeza y el dolor?; y pensar que lo debemos pasar, para crecer en el Amor.

Fue un camino para aprender y para crecer; hoy quizás, lo vemos mejor; luego de las luchas en medio de nuestro ser, vemos más aún, la obra de Jesús, y la queremos llevar a los hermanos, por medio de nuestro corazón, un recipiente para el mensaje de Jesús, su Vida de Amor.

d. HASTA QUE EL CORAZÓN SE UNA

¿Cuánto tiempo lleva la vida, hasta que el corazón se una a

Jesús, y se quede con Él, en su alma, en su espíritu?
Sospecho que mucho tiempo; pues, hay muchos pasos para hacerlos, mientras crecemos; la vida se abre cada vez más, hasta que se una, quizás para siempre.

Al principio, el Amor de Jesús es como cierta atracción; hay vivencias que nos llevan hacia Él, casi sin saber por qué ni de dónde nacen los impulsos que nos comprometen; a la vez, es como la respuesta ante un Corazón que ama de veras, y se entrega incondicionalmente.

La vida empieza a hallar las fuerzas tan necesarias para crecer en el Amor que nace en el corazón, y se abre hacia la entrega cada vez más profunda, plena.

En el Cenáculo, Pedro habla de la entrega de su vida, y Jesús le anuncia la traición.

Pedro aún no ha madurado; por eso, precisa más tiempo para comprobarlo y luego crecer.

Los discípulos pasan por muchas luchas para poder crecer; no obstante, todavía no están preparadas para entregarse por Jesús; hay cosas que les faltan, y deben vivir otras pruebas más, y otras.

La muerte y la crucifixión fueron oportunas para aprender más; es que el amor sin entregarse, no está maduro ni pleno; el tiempo y la gracia van a actuar en la misma dirección; y los que quieren crecer en la entrega, ahora es su tiempo.

Antes de morir, Jesús habló del Amor pleno, entregado por sus discípulos; y las vivencias se les grabaron; de este modo, les servían, cuando las necesitaban.

Sus vidas deben sufrir, luchar y llorar, mientras pasan por el camino del crecimiento en la Entrega.

¿Cómo es el tiempo con Jesús que resucita?; pues, Él supera todas las barreras; ha hecho todo el camino y ahora, les toca a ellos, para que crezcan; es que, en el caso contrario, que no creciesen, sería arriesgar la convivencia con Jesús, y ésta no puede perderse.

Es cierto, ellos deben crecer en el Amor, en la Entrega, hasta que lleguen a la altura para ponerse frente a Jesús; es lo que Él espera, y ellos luchan para lograrlo, mientras la gracia les acompaña plenamente, desde los cielos abiertos.

Ahora, están en el camino hacia la convivencia que no tiene barreras, donde serán uno; Él, en medio de sus corazones, y ellos en Él, unidos para siempre.

En el Cenáculo, Jesús habló de la Vid y de los sarmientos, pero ahora, la convivencia es más profunda aún; hay un gran crecimiento en sus vidas, lo que Él buscaba en ese tiempo, mientras compartía con ellos.

Entonces, puede irse; pero sus corazones se quedan plenos de Él o más bien, sus vidas son como Él, por siempre.

Se irá, pero los corazones quedan plenos como nunca, esta vez, para siempre; entonces, la Misión ya está cumplida; tan sólo hay que esperar a que venga el Espíritu, como había ocurrido en el comienzo de su Misión, mientras Jesús recibía el Bautismo.

Pues, ellos estarán a la altura de la Misión en el mundo.

3. LA VIDA GENERA VIDA

a. ÉL DESCENDE

¿Cómo Jesús desciende al corazón, y cómo llega al espíritu?; pues, por más que lleva todo el Poder de los cielos, respeta al hombre, su realidad y su dureza; tiene su propio tiempo para llegar, que suele prolongarse, mientras el ser humano lucha para abrirse frente al Señor.

Lo que solemos decir sobre el esfuerzo humano para llegar al agua en la profundidad de la tierra, es una imagen de lo que podría ocurrir, cuando Jesús obra en nosotros.

La vida suele ser dura, como si fuese una piedra; si no quiere ponerse en contra, igual no ayuda, al contrario, se resiste por mucho tiempo.

Una vez, me detuve para mirar como un obrero se ingeniaba, antes de poner los cimientos para una casa; fue un tiempo de sequía; la tierra estaba compacta, difícil de sacarla; pero el obrero ya había aprendido como hacerlo; por eso, no quiso gastar fuerzas para cavarla con el pico, sino que llevaba el agua a la tierra; y mientras aparecían las espumas, la tierra se iba calmando; pero había que esperar.

Al día siguiente, la tierra estaba dispuesta para sacarla casi sin esfuerzo; ¿y en la vida del hombre, mientras el Señor obra?

Sin embargo, ¿cuánto tiempo necesita el Señor para llegar al corazón, mientras ablanda la tierra en el camino?

Sospecho que, por mucho tiempo, vemos esa tarea del Señor; a la vez, la tierra da algunos frutos, muy escasos; son como una respuesta por la siembra del Señor, por su luz y el agua que sostienen el crecimiento en medio de la tierra.

La siembra transforma a la tierra; si bien, la semilla responde con lo que es su vida, la tierra cambia su propia estructura, al responder al Señor, en el camino de las transformaciones que aspiramos con mucha atención.

La siembra es impactante en la obra del Señor.

Después del Bautismo y del desierto, Jesús inicia la Misión de la Palabra que es como una siembra.

La Semilla no siempre cae en la profundidad; pero con tan sólo quedarse en la cercanía de la tierra, abre el camino de las transformaciones; es que intenta responder a su destino de prender, y de crecer en la tierra del mundo.

Y la tierra también es del Señor, aún necesita transformarse, hasta que logre verse como su tierra; entonces, no será ajena al Señor ni una tierra oscura, ni usada, ni trastornada.

Al sembrar la Semilla, la Vida sigue transformándose.

En medio de esa relación con la tierra, Jesús transmite la Vida que se despierta en la Semilla; pero aún, la Vida está en la luz, en el aire, en la paz y el amor, para poder crecer en el mundo, aún en las circunstancias adversas al crecimiento.

Por mucho tiempo, estamos en la lucha entre el crecimiento del Señor y lo que hubiese podido ser una vida sin Él; si es cierto que todo lo que existe, se había iniciado en el Señor, en ciertas circunstancias, el hombre es como si actuase por su cuenta; o es que su vida está entregada a otras vidas y a otras fuerzas; por eso, se queda confundido en medio de la lucha por su identidad.

Los que estuvieron con Jesús, podían sentir el impacto en sí mismos, según cómo sabían percibir la Vida de Jesús, hasta qué punto, Él penetraba en ellos; a veces, podría ser como apenas tocar la piel de la tierra, como si fuese una caricia; no obstante, el rocío suele penetrar cada vez más, y la caricia

quizás, tarda en descender al corazón, pero está encaminada al interior con su descenso muy lento, en la medida en que sabemos asimilar la Gracia.

La vida toma la fuerza en sus raíces; al principio, es apenas una semilla que casi se pierde; de hecho, muchas se pierden, ni siquiera brotan; aún hay semillas pisadas y otras quebradas bruscamente, en una lucha desigual por la vida; pero las que superan la realidad del hombre, aún empiezan a crecer en sus raíces; y las podemos ver y sentir en medio de nosotros.

Es importante ver al Señor, en medio de la paz.
A la vez, podemos sentir en nosotros, la fuerza de la Palabra; es que el Señor está en todo, aún en las partes más perdidas y densas, entregadas a otras vidas; Él quiere entrar y sembrarse aún más allá de nuestros deseos y de nuestra visión limitada; y de repente, nos damos cuenta de que ya toda la vida está sembrada; y hay tanta Vida que está por prender; es lo que vieron aquellos que estaban con Jesús, mientras Él obraba en sus vidas.

Al lograr ver la gran siembra del Señor, aún de modo, como si estuviesen llegándonos el rocío y la luz desde las estrellas, como si Él estuviese inundándonos con su luz y el agua viva, es estar en el comienzo de una gran obra; entonces, tan sólo hay que estar atento y esperar.

También, con el tiempo, empezamos a sentir la Voz que nos llega como del otro mundo, y es muy cercana.
La Vida se llena de la Palabra del Señor; por donde camino, aún presiento que Él me habla y siembra.

Esa sensación tocaba a los que se encontraban con Jesús.
En el principio, le parecía que sólo recibían paz que calmaba sus vidas, pronto empezaban a ver y a sentir más, porque la

Vida de Jesús llegaba a ellos, con mucha fuerza.

La misma sensación nos puede tocar, si nos ponemos frente a los que están plenos del Señor.

Hay algo que viene de ellos, nos toca y penetra; y llegamos a sentir vivencias muy extrañas, no obstante, propias de la vida y del Señor que obra en nosotros.

Esa sensación es valiosa; la buscamos y la necesitamos más aún, mientras las vidas están deterioradas y perdidas.

b. LA LUCHA INTERIOR

Hay cierta vida en nosotros, que es nuestra y es como del mundo distinto, no del Señor; y aún viene otra que nace cada día, mientras Jesús siembra; entre las dos se juega el futuro y el destino; en algún momento, a la lucha la sentimos de cerca; y parece que la fuerza del Señor es como débil, frente a la oscuridad que podría ser densa.

A esa lucha en medio de los mundos, la vivimos por mucho tiempo; no es tan importante cómo vamos a definir y llamar las fuerzas que se enfrentan con la siembra del Señor, pero lo cierto es que las mismas superan lo humano; es como si se metiese un mundo distinto al del Señor; es como si hubiese llegado antes, y ya está bien seguro, afirmado en su lugar; en fin, las fuerzas del espíritu, tanto del bien como del mal, se enfrentan; y parece que las fuerzas opuestas al Señor, son como si tuviesen sus raíces más seguras.

Esas raíces penetran a la tierra, están bien pegadas; son como las ataduras que ahogan, a la vez, se abren a una vida que no nos hace gloria, al contrario, nos desgasta y nos debilita, para expresarse de un modo triste; en algún momento, el hombre se da cuenta de la realidad, se asusta; pero antes se dejaba llevar; por eso, llega hasta aquí.

Las semillas del mal fueron sembradas muy temprano, en el tiempo de la inconsciencia, diría de la primera inocencia; y por alguna razón, nuestra vida desciende a este mundo, para asumir los condicionamientos y las ataduras; empezamos a convivir con la realidad que nos condiciona, aún la íbamos llevando por mucho tiempo, aún sin saber las consecuencias; pero aparecen los primeros frutos amargos para envenenar no sólo el ambiente, sino más bien a nosotros mismos; son las vivencias que nos pesan, y si queremos arrancarlas, es como romper la tierra; pues si las sacamos, la tierra se queda como expuesta al sol que quema; y la vida sufre más aún.

Por alguna razón, la vida sufre esa clase de ataduras; debe pasar por esas vivencias, para poder crecer vencíéndolas en medio de su crecimiento, en el paso donde las supera o se quiebra; y a veces, llega hasta los abismos de su ser, casi a su destrucción; pero en realidad, la vida es así.

Si no llegase a la crisis, el hombre no buscaría a Jesús con tanta urgencia, ni lucharía por su existencia, aún culpándose y reprochándose.

Parece que Jesús llega a la última hora y nos salva; pues, si no viniese, ¿qué pasaría con nosotros?

Preguntamos: ¿por qué a la última hora?; no obstante, antes el hombre no lo hubiese buscado ni lo hubiese reconocido.

Aún en esa realidad humana, Jesús siembra; algunas semillas apenas llegan, otras aparecen con vida, para enfrentar nuestra realidad tímidamente, aún sin que ella se dé cuenta; es que está muy segura.

Jesús halla pequeños espacios para iniciar su tarea, aún más allá de la respuesta del hombre, si es definitiva o no, cuando el futuro no está asegurado, pues siempre arriesga; de esas siembras, surge la Vida en un camino muy largo, en las

circunstancias que parecían sin futuro.

Me guardo la Imagen del Nacimiento de Jesús en el mundo, mientras Él está escondido, silencioso y perdido, a espaldas de la oscuridad; la gran oscuridad, al principio, actúa como si no se hubiese dado cuenta de lo que ha ocurrido; y no puede destruir ese Nacimiento, porque el Señor pone su Luz y su Protección para cuidarlo; de otro modo, ¿qué hubiese podido pasar?

Necesitamos mucha luz y la protección del Señor hasta que prenda la Vida, y que brote y crezca; eso lleva su tiempo; y mientras tanto, llevamos las luchas, hasta que el Señor logre vencerlas definitivamente; pero el camino es largo y lleno de enfrentamientos cada vez más visibles; algún día, la siembra del Señor estará más segura; sospecho que Él nos lo hará ver, cuando alcancemos a vivirlo.

c. UN VERDADERO CAMBIO

La actitud tiene que ver con nuestro interior, y es como una continuación del corazón, el fruto de lo que experimentamos por dentro de nuestro ser; otras veces, es sólo una inquietud, un despertar; aun, mientras hay movimientos por fuera, los mismos repercuten en el interior; es como con el golpe de la piedra en un lago inmenso, que suena en todos los espacios; y algún eco llega a los abismos, al corazón del lago.

La gran parte del cambio en la vida del hombre, aún viene del exterior; a veces, porque la vida queda condicionada con lo que es el ambiente y la influencia de otros seres humanos; y es tan fuerte que llega al corazón, casi ahogándolo; cuando se inicia el sendero de los cambios, son también, como si comenzasen del exterior para llegar al corazón cada vez más hondamente; y parece que Jesús obraba de ese modo, en la

vida de los hombres, a pesar de que Él soñaba en despertar al espíritu como un fuego que arde y transforma a toda la vida, plenamente del Señor.

¿De qué modo se inicia el verdadero cambio?

Son muchas vivencias que lo comienzan; pero la decisión de convertirse, tiene que ver con la actitud, no siempre profunda ni al alcance del corazón; a veces, tan sólo viene como un movimiento fugaz, lleno de desesperación y de desprecio; si bien, no es definitivo, ya inicia lo promovido por el Señor, más exteriormente que por dentro del corazón, para seguir obrando cada vez más, con más fuerza en el interior.

Los que inician el camino de la conversión, se dan cuenta de qué difíciles son los cambios, cómo les cuestan; aún, con el tiempo, descubren la oscuridad que deben enfrentar, y cómo deben aferrarse a Jesús, si no quieren volver atrás; si es que pueden lograrlo.

Tenemos tiempos de vacilar, mientras las fuerzas contrarias aparecen en la medida en que hay que enfrentarlas; siempre son como si hubiesen más aún, y vienen juntándose casi sin saber de dónde; así será por un tiempo más largo de lo que uno esperase; si antes nos hubiesen hablado del tiempo, de lo que debiésemos pasar, nos costaría aún más atrevernos a entrar en el camino; en fin, el inicio de la conversión aún tiene que ver con las sensaciones de un malestar; entonces, intentamos abandonar nuestras posturas, para entregarnos en las manos del Señor; para comprenderlo mejor, quiero ver la imagen del enfermo que ya no discute con los médicos, sino que se les entrega, y les deja la libertad de actuar.

Luego del primer impacto, de cierto bienestar y de un alivio, las realidades vuelven; es que hay muchas fuerzas en nuestro interior; la vida, como la tierra, quedó tan envenenada que ni siquiera sabemos hasta dónde nos penetran las oscuridades; y

si ahora rebrotan, son las que desean quebrar cualquier intento del cambio; es como si comenzasen a juntarse, aún desesperadas; y por eso, tantas luchas; además, lo nuevo casi no aparece, y mientras vuelve el dolor de las noches, insiste mucho la persecución que altera a la mente y el corazón.

Quien estuvo en el cambio que lo llevó al corazón, y lo llevó a la transformación en su interior, y aún guarda las vivencias, puede hablar con cierta certeza.

No todos los que abandonan la debilidad exteriormente, son libres; con frecuencia, al dejar la parte exterior, en su interior aún viven como esclavos; sospecho que ni siquiera lo saben; es como si la debilidad se quedase por dentro, en medio de los miedos y las tristezas; y ahora, ni siquiera sale de casa, pero sí trastorna más aún.

Los que llegan hasta el final, son los que alcanzan el agua del pozo; otros aún luchan, habían cavado en parte, pero ahora, mientras ellos descansan, el viento lleva tierras al pozo, y perjudica el esfuerzo.

Tan sólo los que llegan a lo más hondo del corazón y allí, hallan la fuente, viven distintos, diría reencontrados.

Una vez, dijo Jesús que antes de iniciar la guerra, había que calcular las fuerzas que disponíamos para el propósito; pero es difícil medirlas; luego, nos damos cuenta de que nos faltan y parece que aún, el Señor no nos socorre; y no es que Él no viene, sino que nosotros aún no sabemos asumirlo bien, o creemos más en nosotros mismos que en el Señor.

Mientras tanto, buscamos un cambio según nuestro modo de ver; y si la debilidad nos llena de culpas que nos destrozan, nos quedamos en medio del camino, y preguntamos por qué nos pasa todo eso; aún puede ocurrir que cuestionemos o culpemos a los demás, por lo que nos toca a nosotros.

Desgraciadamente, es el camino para tantos hermanos que se

detienen en medio de sus vidas; y muchos se quedan casi sin defensas ni ganas de luchar, como quien se detiene en medio del barro y de sombras frías, muy dolorido.

¿Cómo reacciona la vida cuando se queda en el peligro de su propia destrucción?; a veces, sólo está como alguien entre la vida y la muerte, en medio del barro; sin embargo, hasta en ese lugar levanta la voz y la mirada, pues descubre al Señor que está atento; pero aún en esas circunstancias, suele seguir en su camino, sin saber hasta cuándo.

Algún día, esa misma vida comienza a levantarse; ¿por qué lo hace?; ¿qué es lo que la lleva a ese cambio?

Pero si aún no se levantara, también habría que encontrar la comprensión que vendría del Señor; y es la que superaría nuestra capacidad de pensar, de vivir; es que cada vida tiene un camino propiamente suyo.

Jesús mostró la imagen del hijo perdido, luego encontrado; entonces, ¿no es el camino para los hermanos que se van, sin saber si vuelven?; y cuando hay esperanza de que vuelvan, se abren los senderos hacia el Padre; y es lo que esperamos.

Y pensar que la realidad del hijo fue más para morir que para la vida; el mismo Padre lo dice: mi hijo ha sido muerto; pero hoy, están felices el Padre y el hijo.

En realidad, la conversión nace en los abismos.

Mientras la vida sabe defenderse por su cuenta, no creo que desee convertirse, sino más bien, trata de responder de algún modo; y como no está entregada al Señor, no puede sentir ni vivir frutos del verdadero encuentro, ni de la transformación; parece que una vida destruida, podría aceptar los cambios muy grandes; y los ven aquellos que pasaron por ese camino; y no sé si nosotros lo comprendemos; es que solemos estar lejos de lo que es real.

Los que viven de ciertas ilusiones, algún día, se darán cuenta

de su realidad, si quieren reconocerla; si es que aceptan la luz que les haría ver las cosas como son; y con esa luz, podrían iniciar una vez más, el camino de la transformación, esta vez, aún más profunda.

Lo que hemos tratado de la parte negativa, donde seguimos con la debilidad y las confusiones, y lo que hemos hablado de los cambios que nacen como partiendo desde afuera, para ir resurgiendo en lo más profundo de nuestro ser, creo que, del mismo modo, podemos reflexionar de la actitud positiva, por ejemplo, del gesto de amar, del desprendimiento; parece que los gestos promueven ciertas actitudes; y con el tiempo, golpean en el interior, aún despiertan luchas; de este modo, podemos crecer en el interior, aún enfrentarnos con nosotros mismos, para abrirnos en el espíritu.

Habría que estar muy atento a lo que se despierta en nuestro interior: la duda, el miedo, la tristeza, lo que nos frena y ata; mientras tanto, ir viendo al Señor que está presente cada vez más; así nuestra vida sigue cambiando, como si pasase por el agua y el fuego; y se va transformando más aún, hasta que el Señor afiance su Presencia.

Entonces, la vida se va abriendo en el espíritu, mientras brota el Agua y prende el Fuego, y los dos van llegando a toda la realidad transformándola.

Miren cómo el fuego sigue tomando los leños; y así podría verse nuestra vida, mientras el Señor llega a la profundidad de nuestro espíritu; y alguna vez, el Fuego se sostiene, no lo apaga ni el viento ni el frío.

d. UNA REFLEXIÓN MÁS

El Evangelio sigue marcando ciertos niveles en el camino de los cambios; si es que toda la vida ya está en medio de un

movimiento único, donde la parte exterior, la del alma y la del espíritu se compenetran, al hablar de los cambios que se expresan exteriormente, éstos son como más conectados a la parte de los sentimientos; sería como al nivel del alma, más próximo a las expresiones exteriores; luego es como buscar la parte más profunda, la de la luz, mientras se trata también de la oscuridad del espíritu.

El gran tema del amor es como más trabajado en el primer tiempo de la enseñanza; y luego Jesús lleva a los discípulos al Cenáculo, donde viven el Amor de modo incomparable; el Cenáculo se hace una montaña del Amor del Señor. Y viene el tiempo como en medio de la luz y la oscuridad; son las que se juegan en todos los niveles de la vida; si bien, los enfrentamientos vienen de afuera, a la vez, está la lucha por dentro; diría, la lucha en la intimidad del espíritu, donde realmente se podría establecer el Reino del Señor, vencidas las oscuridades y las fuerzas del mundo oscuro en nuestro interior, para llegar al espíritu, a lo más profundo.

La Resurrección aún tiene que ver con restablecer la luz del Señor, en la Vida de Jesús y en las de sus seguidores, luego de las luchas y de tanto camino; sospecho que los discípulos lo comprenden; creo recién ahora lo ven; antes Jesús hablaba de la lucha en lo profundo del espíritu, y parece que algunas vivencias llegaban a sus corazones, quizás lo suficiente, para sobrellevar la realidad cuando llegase la hora de la verdadera lucha, para no perderse del todo, en medio de las tormentas entre la luz y la oscuridad, cuando la oscuridad se quedase como dominando, por algún tiempo, dejando la sensación de no haber la esperanza de que volviese la luz.

El gran tema del amor predomina durante mucho tiempo, en medio del cambio interior; es toda la vida de los sentimientos y de los pensamientos que se aquietan, pacifican y limpian de

tristeza y de miedos, siempre en medio de la paz del Señor; a la vez, lo que sería el odio, la venganza y los resentimientos, son esos sentimientos torcidos, canalizados mal; y ahora, la vida quiere encontrar su fuerza interior, no para el mal, sino para el bien; es un largo camino hasta poder llegar a amar con el Corazón de Jesús.

Es que amamos a la vida más allá de la debilidad; y también, a los hermanos, porque son hermanos, ya sin condicionarnos por nada en el mundo; el juicio, si los hermanos son buenos o malos, es injusto; hay que ver la vida a la luz del Señor. El amor transforma la vida y las actitudes; pero antes, debe llegar muy hondo; y algún día, nace en la verdadera fuente de la Vida, en el Corazón del mismo Señor.

Parece que las luchas más difíciles en el espíritu, entre la luz y la oscuridad, vienen cuando empezamos a hablar del amor que brota en el corazón hallado en Jesús; aún, si por esas horas, no podemos ver el amor como una expresión madura, pero lo vivenciamos, y convencidos de que es fundamental; ante todo, lo reconocemos a Jesús, en medio de las vivencias muy profundas, como lo fue seguramente, en el caso de los discípulos en el Cenáculo.

Me pregunto: ¿por qué ellos vivieron tantas luchas?; ¿por qué les invadió la oscuridad?; ¿y fue sólo la que venía de afuera, de los seres oscuros que se juntaban en esa hora, o había más en sus vidas débiles, como atrayendo al mundo oscuro?

Si estaban abiertos a la misión, aún vivían sus luchas para crecer interiormente; en algún sentido, debían liberarse de la oscuridad que tenía acceso a sus vidas; es como si ellos, por aquel tiempo, se quedasen desprotegidos, aún expuestos a los vientos del mal; por eso, tanta guerra en sus corazones.

Todas las vidas que se encontraban con Jesús, se proyectaban para la Misión, para poder enfrentar el mundo, la maldad y la oscuridad.

El corazón debe vivir esa tremenda guerra contra las fuerzas oscuras, mientras pasa por su muerte; luego, resucitan la vida y el poder ante la oscuridad; es lo puede tocar nuestra vida.

¿Por qué en ese orden?; ¿por qué primero el amor, para vivir luego, el camino en medio de la oscuridad hacia la luz?

Es que, sin aquella vivencia del amor, no se puede superar el camino de la oscuridad; aún menos, cuando la vida se queda como suspendida en medio de los abismos.

Quien no vive profundamente el amor, no puede superar su propia oscuridad; se queda perdido o se retira antes de entrar en la primera lucha en su interior.

La vida se abre a un nuevo Bautismo con el Espíritu Santo; se encamina al desierto, para poder contemplar las fuerzas de la Luz y de la Oscuridad; de todos modos, el enfrentamiento ya sería distinto.

Comienza el Evangelio en la vida de los hermanos; ellos, en el Nombre de Jesús, aún van a llamar a otros hermanos para compartir el Camino una vez más.

Me pregunto si después del Camino del amor, ¿nos esperaba una vez más, el enfrentamiento entre la Luz y la Oscuridad?; es que nuestra vida ya se queda entregada como una Ofrenda delante del Señor; ¿y qué más podría pensar?

Prefacio	3
1. El Amor y el seguimiento	5
a. la apertura del hombre	5
b. el crecimiento	7
c. la vida y el misterio	9
d. la crisis y el encuentro	11
e. desde la profundidad	13
f. la paz y el amor	16
2. El llamado a la Vida	19
a. el sentido de la vida	19
b. hubiese podido ser distinta	22
c. ¿cómo crecer en el Amor?	25
d. hasta que el corazón se una	27
3. La Vida genera Vida	31
a. Él desciende	31
b. la lucha interior	34
c. un verdadero cambio	36
d. una reflexión más	40

